

NO HAY QUINTO MALO

Tres días sin dormir, tres días con sus 72 horas pensando en una buena historia y un final inesperado. Pensó en sucesos políticos, en casos de violencia de la nota roja del periódico, en los chismes de su oficina. Si los demás pueden construir una buena historia, un buen cuento, con algo tan visto, tan choteado, tan cursi como es el encuentro entre dos personas, por qué yo, que me esfuerzo tanto, no puedo hacer algo que valga la pena. Ahora pensó en una historia deportiva. En dos enemigos que tienen que verse la cara en un partido de fut ball donde acude la amada de ambos, la misma. No le gustó. Ahora el cuento iba a ser sobre un joven tímido de provincia que canta muy bien. Es un hombre pobre pero bien parecido. La familia prácticamente lo obliga a venir a la capital e inscribirse en el programa de televisión de la Academia. Resulta triunfador. El premio y la fama lo sepultan bajo su peso, el joven...No, tampoco le gustó. En el taller ya había presentado cuatro historias y el profesor se las había criticado acremente: mala construcción, palabras repetidas, sobran datos, no está clara, los personajes se pierden, no adelanta la acción, no...¡Pinche profesor de mierda! Pero hoy será distinto, pensó y aseguró al mismo tiempo. No hay quinto malo. Van a ver como lo apantallo. Pues qué se cree el tipo ése, ¿qué es el mero mero? ¿qué es el chingón del grupo? Si nadie lo ha publicado. Por algo será. Pero el muy mamón tiene que pararse el cuello diciendo que lo nuestro no sirve. El que no sirve es él. Lo que me repatea y me hace crecer el hígado es que los demás le hagan caso. Ahí está la mujer esa, la que hace collares, preguntando si su cuento está bien esta vez. Qué no le pregunte. Ella si ha triunfado en la televisión, ella si es reconocida a nivel mundial. Lo mismo los demás. Ya quisiera el maestrucho éste escribir un libro como el de la muñequita de celuloy del grupo en que habla de la

injusticia que se comete y se ha cometido contra las mujeres a través de los años. Y así todos los demás. Todos superiores a él.

Volvió a pensar en otra historia. Ahora era de ciencia ficción. Hizo llegar marcianos y venusinos a la tierra. Todo lo cambiaron. En segundos purificaron los aires y las aguas, cambiaron el clima, cerraron el agujero de la capa atmosférica, hicieron que los campos fueran fértiles. Los hombres empezaron a alimentarse bien, a crecer, a hacerse fuertes y bellos. Los marcianos y venusinos se felicitaban por el éxito. Ahora ya no les faltaría alimento por muchos años. Ese día escogieron a quinientos habitantes de Norteamérica para su desayuno. Estuvieron deliciosos.

Este cuento sí le gustó a diferencia de los anteriores. Sí tenía un final inesperado. Los lectores iban a pensar que los marcianos y venusinos actuaban decentemente tratando de mejorar a la raza humana, y no, lo que querían era alimento para el futuro. Esto si es inesperado, aseguró. A ver con que me sale el profe, que de profe no tiene nada. Que yo sepa ni siquiera ha estudiado en Filosofía y Letras o algo parecido. De seguro a él jamás se le pudiera ocurrir una historia como esta.

Los siguientes días se dedicó a pulir el escrito, a cuidar palabra por palabra, que nada faltara o sobrara. La noche anterior al taller no pudo dormir. Ahora no por no saber de que escribir, sino de la emoción y la tensión que le producía pensar en el futuro resultado. De seguro Larissa iba a decir que le había gustado mucho, pero también iban a decir lo mismo los demás, hasta Lorenza que casi no habla. Pero Pureza que habla por ella y por los demás se mostrará de lo más eufórica. Todo esto lo daba por descontado. Lo que en realidad lo tenía nervioso era lo que fuera a decir el llamado profe. Si no me dice que mi cuento es una chingonería lo agarro a madrazos, pensó para él, resuelto desde ahora a hacerlo.

¿Quién es el siguiente en leer?, preguntó el profesor. Yo, contestó Aníbal sacando orgulloso su cuento. Sonrió y se dispuso a leer. Antes dijo,

muy seguro de sí mismo, dicen que no hay quinto malo. Y mi cuento es el quinto que voy a leer en este taller. Adelante, dijo el maestro.

Aníbal con cuidado fue leyendo renglón tras renglón dándole el valor que tenía a cada palabra, a cada silencio. Se fue creciendo conforme avanzaba en la lectura. Ahora se sentía no sólo un gran escritor sino también un gran actor. El profesor mientras tanto anotaba y anotaba en su hoja que le habían prestado pues nunca traía las propias.

Al terminar la reacción fue la esperada. Larissa dijo que qué bonito, los demás la secundaron. En silencio esperaron el comentario de profe. Este revisó sus notas, se aclaró la garganta.

En efecto, dijo, no hay quinto malo. En la cara de Aníbal se dibujó una gran sonrisa. Ya me lo chingué, se dijo a sí mismo. ¿Verdad que no? Se atrevió a preguntar. En efecto no lo hay. El quinto no es malo. ¡Es pésimo! ¿De dónde se te ocurre contar una historia ya conocida, además llena de errores tanto gramaticales como de estructura. La palabra hombres la repites cientos de veces. Y ese personaje marciano es de lo más falso que existe. Si fuera un vendedor de droga en Tepito estaría bien. Pero que sea un marciano... Ahora rió de buena gana. Larissa trató de defender a Aníbal que cada vez se iba haciendo más pequeño. A mí sí me gustó. No me fijé en eso de los hombres, a mí lo que me atrapa es la historia y esta me gustó mucho.

El profesor ya no dijo nada. Miró fríamente a Larissa y preguntó que quién seguía. Yo, dijo Lorenza, mi cuento es corto.

Aníbal juró que jamás volvería a este taller. En la noche no pudo dormir pensando en un cuento que tuviera como tema la palabra Consuelo que era el siguiente tema. Ahora sí los voy a apantallar, se juró a si mismo, sobre todo a ese cabrón...